

pasó de lleno al extremo opuesto; y lo que no era más que una remota esperanza se convirtió, al abrigo de sus deseos y afectos, en firmísima confianza de salvación.

Las amigas y vecinas que visitaron á Petra; la familia y deudos de Ruperto, Nicanor y demás expedicionarios, habían difundido por el pueblo la noticia de la partida, á la sazón en que el venerable párroco de Zudaire, D. Cirilo de Aránzazu, avisado también por el tío Cosme, bajaba la calle de la Iglesia, parándose á ratos y rascándose la oreja, dándole vueltas á la espinosa comisión de participar á Don Santiago y D.^a Mercedes la salida de su hijo para la sierra.

—Caramba, decía en sus ratos de parada, sin cuidarse de los copos de nieve que se amontonaban en su descomunal sombrero de teja y se confundían con los escasos y blancos mechones de pelo, que escapaban por bajo de sus alas; caramba con el encarguito! Yo no sé cómo me las arreglo para que todos los asuntos malos vengan á mí. Que le ha entrado la bacera al ganado de Domingo; pues D. Cirilo ha de ser quien les diga que las ovejas caen como tacos, y han tenido una pérdida atroz: que el infeliz del *Tortera* ha perdido el pleito y se queda sin el campico que labraba....; ya estamos andando con el obsequio; que á los *Barrados* se les ha muerto el hijo en Cuba; pues ¿quién ha de ir sino usted Sr. Cura?—Pues digo que nó, y que nó: que vaya el *sursum corda*. ¿Les parecerá que está uno para que lo lleven y lo traigan y lo mareen á su antojo como paja en día de vendabal? ¡Caramba con las pretensiones!

Nó. Pues si el caballerito de D. Luis hubiera venido á darme el encargo; ¡bonito genio tengo para aguantar impertinencias!—¿Conque que me encargue de ir á su casa, eh? Que se encargue el Nuncio, le hubiera contestado;